

Padre Juan Benjumea.

Misioneros Combonianos. Casilla 65 Esmeraldas (Ecuador)

23 de Agosto de 2005

LA MISIÓN Y LA GENTE ME RESUCITARON

Nuevamente me encuentro en la misión, después de haber pasado en España un largo año sabático con mi familia. En Madrid, hice un año escolar de formación permanente donde pude disfrutar y renovarme en el Instituto Superior de Pastoral. Regresé sin saber mi nuevo destino, y la gran sorpresa y alegría fue cuando me dijo el Padre Provincial Bruno Bordonali, si aceptaba volver a San Lorenzo.

San Lorenzo fue mi primera misión después de ser ordenado sacerdote en año 1990. Aquí me estrené en el servicio de la misión del norte de Esmeraldas, lugar fronterizo con Colombia y de lo más abandonado de la provincia.

Estoy sintiendo el gozo y la alegría que al principio no pude disfrutar quizá por el miedo de ser novato y al conocimiento de esta realidad tan cruda y dura. Ahora vuelvo a San Lorenzo con más de 15 años de sacerdocio y creo que con una experiencia bonita de la misión; los cinco años primeros, desde 1990 al 1995. Después pasé cuatro en España y luego seis en Borbón, misión vecina de San Lorenzo.

La gente me está mostrando su acogida y entusiasmo, todo el cariño que me tenían antes de irme a España en el año 1995. Me veo como en un reencuentro con lo que llamamos el primer amor, "mi primera novia", de la que fui separado por los superiores sin más explicaciones que la de haberme visto en aquel entonces muy cansado. Sí, era verdad que los estudios de Lima me habían agotado, pero fue aquí en San Lorenzo donde me recuperé. La misión y su gente me resucitaron. Ahora, con unos añitos más, le pido al Señor, vida y salud para seguir sirviendo a su pueblo que sigue en situaciones dramáticas de pobreza y dolor.

PRIMERAS SALIDAS Y RECORRIDOS: Palmarreal, Cauchal. Pampanal y Mataje. Pueblo del mar fronterizos con la hermana Colombia. Alto Tambo, Durango, La Boca, San Javier y Urbina. Pueblos del interior (selva).

La realidad de San Lorenzo ha cambiado muchísimo. Antes, en los años que pasé no había carretera para llegar, solo el mar (pacífico). Veníamos en barco o lanchas desde Esmeraldas y un "tren" volquete o autobús que venía desde Imbabura - Ibarra, adaptado a los rieles. Los barcos como el tren era una gran aventura con un gran riesgo que había que afrontar. A veces noche y día para poder llegar al destino si teníamos suerte. Hoy tenemos carreteras desde Ibarra y Esmeraldas hasta San Lorenzo. Recuerdo que estando en Borbón, alguien me decía: estas carreteras serán para los palmicultores, el turismo y el narcotráfico colombiano.

La selva, que yo conocí, ya no existe. Solo en el cantón San Lorenzo, se habla de un sembrío de más de 40.000 Hectáreas de palma africana y dentro de pocos años se prevé unas 60.000. Han conseguido grandes extensiones donde abarcan pueblos enteros. La gente pasó de ser campesinos autónomos a ser asalariados de las palmeras y por temporadas. En este momento el problema social es agudo porque el monocultivo utiliza al comienzo muchos trabajadores y después siempre menos. Traen gente de otras provincias o colombianos. Ante esta realidad la situación de todo el pueblo afro está en rotación permanente.

La realidad religiosa, sobre todo en los pueblos no es la que yo conocía.

San Lorenzo cantón, ha crecido enormemente. La gente se une para invadir terreno y se vienen a buscar cualquier cosa. Hacen sus casitas con 4 palos o cañas, plásticos y zinc para el techo. La parroquia vieja, ha quedado a un extremo del pueblo y en los barrios tenemos 16 capillas para atender a la población que debe de estar por encima de los 20.000 habitantes. Ello hace que se haya convertido en una ciudad muy peligrosa, asaltos, y muertes están a la orden del día. En el campo, son más de 40 pueblos (estando yo eran 57); algunos han desaparecido, los que se formaron al lado del ferrocarril; ahora, están naciendo otros en lugares estratégicos de la carretera. También hemos dejado algunos entre los más lejanos por el río Mira, las comunidades de los indígenas Awa. Estos pueblos son atendidos desde el Carchi.

En mi primera visita a cuatro pueblos del mar, dos, Cuachal y Pampanal no tienen capilla. Las lluvias, los aguajes y el mal tiempo se las han tirado. En Palma Real, la capilla la quieren hacer nueva, mientras en otro lugar mejor, se ha deteriorado tanto que no merece reconstruirla. En Mataje, el río y los aguajes se están comiendo al pueblo y pronto tendrán que salir de las ruinas que tienen. Me dijo la catequista que ya les han dado los terrenos para el nuevo pueblo y tienen en proyecto la capilla nueva. ¡Las cosas aquí van despacio!

Por la parte de la carretera y lo que queda del ferrocarril es un poco parecido. Los pueblos, a primera vista no parecen que hayan mejorado mucho con la carretera y los caminos vecinales, donde los primeros que se sirven son los palmicultores y madereros que no paran de destruir y sangrar la selva. En casi todos los pueblos tienen luz eléctrica y agua potable (entubada).

Anteriormente viví como itinerante es decir que iba de pueblo en pueblo y dormía y vivía en sus casas. Ahora me dicen mis compañeros que eso no es posible. La gente que trabaja, lo hacen hasta los domingos y ya no acuden a rezar ni cuando va el sacerdote ni las religiosas.

Con los caminos vecinales, aunque no se entra a todos los lugares, nos permite usar el carro (coche). Después de celebrar con los que acuden, se regresan a San Lorenzo. También en San Lorenzo se podría decir que la realidad es campo y hay verdadera necesidad de evangelización porque la gente está perdiendo su identidad.

Yo, ya estoy empezando a quedarme a dormir fuera en las comunidades, que serían entre el mar y el interior unas 20 que atender. Las casas que tenía se han arruinado y las camas hechas por mi igual. Tendré que empezar a construir de nuevo. De momento voy en transporte público, mochila a cuesta, en ranchera y autobuses. Quiero seguir la misión como empecé: pobre y con los pobres. Ellos no han mejorado en nada ¿Por qué va a mejorar el que se dice ser su servidor?

Quiero terminar contando el fin de semana: Me fui el sábado en ranchera al pueblo La Boca; la ranchera me dejó a 2 kilómetros del pueblo, me fui caminando con unos obreros que venían del trabajo. Llegamos al pueblo cerca de las tres de la tarde bajo un sol que achicharraba. Saludé a la catequista y rápido me fui a la capilla para arreglar mi cuarto. La señora Elizabeth no pudo acompañarme en aquel momento; luego me puse a visitar las casas. Me encontré con viejas amistades y familiares de otros que ya han muerto. Visité un anciano enfermo José Pablo con cerca de 80 años y los familiares me pidieron la unción de los enfermos. Al no llevar el óleo, tuve que ir hoy lunes a dárselo. En la noche se llenó la capilla, cerca de 100 personas, adultos, mujeres jóvenes y niños. Fue una gozada el poder tener una larga conversación antes de la Eucaristía. El encuentro duró más de 2 horas. A las cinco de la mañana me levanté para irme a esperar el turno de la ranchera. En mis visitas, una señora con más de 80 años que la quiero mucho, me quería comprar unos panes y manzanas. Le dije que no podía, ya que iba visitando las casas. Estando en la misa, llegó una niña con dos panes y seis manzanas que me mandó la señora Alba, esto fue mi desayuno antes de salir para San Javier.

En San Javier se reúne la comunidad a las 8:00 de la mañana todos los domingos, el sacerdote va un domingo al mes. Rápido se reunió casi todo el pueblo, ya habían avisado que iba yo con los moradores de la ranchera del día anterior. Fue tanta gente como en la Boca. Terminamos a las 10:30 de la mañana de inmediato me fui al pueblo vecino, a Urbina, caminando por los rieles del tren. Es un recorrido que hice muchísimas veces y que nunca me llevó más de media hora, esta vez llegué a las 12:00 al pueblo con un sol sofocante, el ferrocarril está todo montoso y no me dejaba caminar con rapidez, estuve como una hora visitando a conocidos y catequistas. Ellos habían tenido su celebración temprano. El regreso a San Javier me llevó el hijo de una catequista en truqui (una estructura metálica que rueda sobre los rieles con un tablero que hace correr el joven con una palanca (parecido a una garrocha)).

En el tiempo que llevo, sin miedo ni vergüenza, he podido disfrutar de lo que es ser y vivir con los pobres y ser amigos con ellos, quererles y dejarte querer por ellos. De Urbina regresé con prisa porque me había invitado para el almuerzo una señora ya mayor con la que tenía mucha amistad y con su hijo Celso y demás familiares de ellos en la playa de Cauchal. El día antes a Elena ya me la encontré en la ranchera y me invitó para comer un arroz y pescado que llevaba ella. Me dijo que tenía marido al que conocí cuando fui a almorzar. Comimos arroz con ratón de monte que había agarrado días antes (lo tenían ahumado y luego lo encocaron igualmente el pescado. ¡Todo me supo a poco!) y tomé agua de pipa de coco fresquita del tiempo. La casa de Elena se le está cayendo como un cuerpo con lepra, pero me dijo el marido José Luís, que ya están haciendo una nueva de madera con el techo de paja; me la mostró desde lejos.

Lo que he acumulado en España y en el Instituto Superior de Pastoral, es una gran riqueza que no me pertenece; de lo teórico, paso a lo práctico donde lo más grande es querer a los pobres y dejarse querer por ellos. Tengo en proyecto realizar algunas obras sociales, para que puedan ayudarse a vivir y mejorar su situación. ¡Qué responsabilidad la nuestra!

Va por vosotros mis amigos y familia. Un abrazo y oraciones.

Genoveva Chien

Taiwan, 18 de julio de 2005

LOS CONTAGIADOS Y ENFERMOS DE SIDA PIDEN UN "HOGAR"

El dueño del edificio que alquilaban los contagiados y enfermos de Sida sufrió una bancarrota y el banco al que estaba hipotecado el edificio dio unos meses para que lo desalojaran.

La señora que ha fundado este asilo buscó muchas posibilidades y pidió ayuda a los empresarios. Por fin tres de ellos, muy buenos, compraron un edificio de cuatro pisos para alquilárselos a la señora con el fin de que pueda darles "un hogar" a estos enfermos. Pidieron como renta sólo una piastra al año, con deseo verdadero de ayudar a estos enfermos.

Sin embargo, después de empezar las instalaciones necesarias en el nuevo edificio y sin terminar las obras y la decoración, los vecinos han descubierto quienes son los nuevos residentes del edificio y se han puesto en contra de ellos y han querido echarles fuera de su comunidad. Pero la verdad es que estos pobres enfermos no tienen a dónde ir.

El 9 de julio, juntos con los que apoyan el asilo se organizó una manifestación pacífica, amistosa. Vestidos todos con túnicas blancas y cantando entramos al asilo, para dar paz a los vecinos, para que sepan que los contagiados y enfermos no les harán daño y que no tengan miedo. Se hacía, de esta manera suave, la petición de que les den un sitio que los cobije y sea su "HOGAR".